

Erich Fromm, Max Horkheimer,
Talcott Parsons y otros

LA FAMILIA

Introducción de Ralph Linton
Traducción de Jordi Solé-Tura

Maia Alba Parlor
1993

ediciones península®

tar para demostrar que la interacción entre la sociedad y la familia determina las formas de la patología emocional. Ahora bien, si la patología va tan íntimamente ligada a la función de la familia, ¿puede pensarse que acabará rompiendo sus límites naturales y destruyendo completamente a ésta? Desde luego, existen y siempre han existido incidentes de este tipo: la vida avanza destruyendo todo cuanto se corrompe y decae. Sin embargo, una vez comprendidas las leyes de su funcionamiento, podemos ser más optimistas; dicho conocimiento nos puede ayudar no sólo a curar sino también a evitar muchas de las manifestaciones patológicas.

La psicoterapéutica individual puede contribuir a eliminar las complicaciones de la vida familiar y a curar los males ya existentes. Sin embargo, importa más la prevención que la cura. La concepción de la familia como un organismo total puede abrir nuevas vías a la psiquiatría preventiva. Pero quizá sea más justo dar a esta compleja interacción entre las fuerzas sociales, económicas y culturales de nuestra sociedad —que sólo juntas pueden dar a la familia la seguridad necesaria— quizá sea más justo, decimos, darle el nombre de filosofía y no el de psiquiatría.

Max Horkheimer¹

VI. LA FAMILIA Y EL AUTORITARISMO

Cuando hablamos de las grandes revoluciones que han dado origen a la era moderna, tanto en el viejo como en el nuevo mundo, pensamos más en el individuo que en la familia. La bandera sagrada bajo la cual los pueblos se rebelaban contra las fuerzas del pasado era la de los derechos del individuo. El hombre, sin más distinción, todos los hombres honestos por igual, habían de hacer la ley y encontrar en ésta protección. El combate se libraba contra las camarillas feudales, las Iglesias y los potentados extranjeros. El símbolo del pasado eran las formas jerárquicas; el del futuro, en cambio, el del individuo unido a sus iguales. Estos acontecimientos históricos constituyeron sin duda un paso adelante en la atomización de la sociedad pero no afectaron, ni mucho menos, a todas las formas de limitación social del individuo. Se liberó al comerciante de una tutela anticuada y arcaica; se abolió el trabajo obligatorio, se condenaron las últimas prerrogativas de los nobles sobre las almas y los cuerpos de sus siervos.

Pero el nacimiento de la civilización moderna emancipó a la familia burguesa más que al individuo per se y con ello llevó en su interior, desde el primer momento, una profunda contradicción. La familia siguió siendo esencialmente una institución feudal basada en el principio de la «sangre», es decir una institución totalmente irracional; en cambio, la sociedad industrial (aunque contiene muchos elementos irracionales en su misma esencia) proclama el reino de la racionalidad, el dominio exclusivo del principio del cálculo y del intercambio libre sin más condiciones que las exigencias de la oferta y la demanda. La significación social y las dificultades internas de la familia moderna se deben a esta contradicción global de la sociedad. El *pater familias* burgués siempre ha tenido algo de *bourgeois gentilhomme*; la «buena

1. Este capítulo forma parte de la colaboración del autor con Theodore W. Adorno.

familia» de clase media siempre ha imitado a la aristocracia y ha soñado con tener una genealogía noble. No existe una familia burguesa en el sentido estricto de la palabra: es, en sí misma, una contradicción del principio del individualismo, pero una contradicción necesaria. Desde el mismo momento de su emancipación, adoptó una estructura pseudo-feudal, jerárquica. El hombre liberado de la servidumbre en casa de los demás, se convirtió en dueño y señor de la propia. Pero los niños, para quienes el mundo fue una verdadera cárcel durante toda la Edad Media, siguieron sometidos a la esclavitud durante el siglo XIX. Cuando se completó la separación entre el Estado y la sociedad, entre la vida política y la privada, siguió subsistiendo en el hogar la dependencia personal directa.

Lo imponían las exigencias materiales del proceso social. En la esfera del trabajo manual y en muchas otras funciones de la industria y el comercio la sociedad había alcanzado ya un nivel en que la lealtad directa e inviolable de los miembros indirectos de la familia, en la vieja aceptación (los esclavos y los siervos) se podía substituir por el interés racional del obrero mediante el contrato de trabajo. La fealdad con el amo, desprovista de todos los símbolos patriarcales, se exteriorizó, se reificó y se sometió al cálculo racional. Los hombres tomaron conciencia de sí mismos como sujetos económicos autónomos. Cada individuo tenía que procurarse por sí mismo. Sin embargo la familia, como unidad económica, seguía siendo uno de los factores de la economía nacional del siglo XIX, basada fundamentalmente en la relación entre el capital y el trabajo dentro de la fábrica. La mecanización de las tareas domésticas no había avanzado, ni mucho menos, como hoy —incluso en la actualidad se ve como residuo de formas económicas primordiales— y las mujeres, los hijos y los demás parientes eran indispensables para la marcha de innumerables unidades industriales. En la era victoriana todavía florecía el taller artesanal y la empresa de reducidas dimensiones constituía el tipo predominante; el gran monopolio, los grandes almacenes y las organizaciones comerciales montadas directamente por las grandes industrias se encontraban todavía en una fase rudimentaria. La administración y la gestión de las empresas no estaban todavía reguladas y planificadas científicamente. El éxito de la empresa dependía, en gran parte, de la solidaridad de la familia. Los hijos de los empresarios eran, por un lado,

indispensables para la buena marcha del negocio del padre y, por otro lado, no podían encontrar una posición equivalente, igualmente satisfactoria fuera del negocio familiar. Las hijas eran indispensables tanto en la casa como en la tienda. La autoridad familiar permanecía, pues, casi intacta entre la clase media.

El poder del padre sobre los miembros de la familia, del taller o de la hacienda siempre se había basado en la necesidad social, de la forma de dependencia directa. Con la desaparición de este factor esencial se esfumaron también el respeto de los miembros de la familia por el jefe de la casa, su vinculación a la entidad familiar y la lealtad a sus símbolos. La significación del marco legal que protege a la familia radica en la importancia social de lo que protege. La participación futura del hijo en la propiedad del padre ha sido un motivo tan poderoso para la obediencia como la amenaza de desheredación. Esta perspectiva, que adquiría dimensiones de desastre individual en un mundo de propietarios de clase media, puede contemplarse con mucha más calma y serenidad en un mundo donde todos son empleados. En la actualidad, cuando la capacidad y la inteligencia individuales empezaban a tener una importancia decisiva en el destino del hombre, el derecho de sucesión ha perdido una gran parte de su importancia.² Lo mismo puede decirse, salvando las diferencias, de la situación de las hijas. En tiempo de guerra o de preparativos bélicos, la industria ofrece millones de empleos a las mujeres calificadas o no; con ello, el trabajo fuera del hogar se convierte en una actividad respetable para ellas y la ruptura con la familia pierde sus características terroríficas, tanto para la hija como para el hijo. Este cambio de las perspectivas resultaba ya tangible en las relaciones de los padres y de los hijos mucho antes de que éstos se convirtieran en adultos. La autoridad en el hogar adquiere, así, un aspecto irracional.

Pese a tan importantes cambios, las ideas morales y religiosas, las imágenes espirituales que provienen de la estructura de la familia patriarcal siguen constituyendo el núcleo básico de nuestra cultura. El respeto por la ley y el orden en el Estado parece inseparablemente ligado al respeto de

2. Los cambios económicos más arriba indicados son causa de que este derecho pueda verse cada vez más reducido e incluso convertido en pura ilusión por las medidas financieras y políticas de los gobiernos.

los niños por los mayores. Las emociones, las actitudes y las creencias enraizadas en la familia explican la coherencia de nuestro sistema cultural, constituyen un verdadero cemento social. Parece, pues, necesario que la sociedad las mantenga vivas porque de ello depende la vida y la muerte de la civilización en su forma actual. La idea de nación no es todavía capaz de cumplir las funciones de la familia, al respecto. Como estructura de fuerzas económicas cooperadoras y competidoras, la nación substituyó a las unidades de producción del sistema mercantilista. Ha demostrado ser un objeto de devoción directa en las situaciones marginales, particularmente en los momentos de peligro. Las guerras revolucionarias de que surgió la nación, en el sentido moderno, constituyen un ejemplo de cómo los individuos pueden superar su aislamiento por medio de esta imagen. Pero en la vida cotidiana la autoridad de la nación parece depender de la autoridad de la familia. La única dictadura contemporánea —la del III Reich— que ha intentado prescindir sistemáticamente de toda mediación entre el individuo y el Estado y llevar el jacobinismo a sus consecuencias extremas, ha fracasado.

El deseo de fortalecer a la familia es casi universal; sin embargo, choca con una dificultad básica. Si las ideas tradicionales se mantienen rigidamente contra el curso de la historia en vez de conservarlas desarrollándolas y transformándolas, acaban alejándose de la verdad y convirtiéndose en ideologías vacías, por poderoso que sea el apoyo que se les preste. Al analizar nuestras propias tradiciones, tendemos a prescindir de este dilema fatal; por ello, quizá sea conveniente recurrir a un ejemplo tomado de otra cultura. La familia china dependía, en gran parte, del cultivo intensivo de la tierra. Poseía una pequeña parcela y la trabajaba con una extraordinaria habilidad. Tenía una gran importancia la experiencia sobre las estaciones, las pestes y toda clase de peligros y su posible prevención porque el medio social permaneció relativamente estático a lo largo de los siglos. Para el campesino, tenían un valor inmenso las buenas relaciones con los vecinos, la amistad con los funcionarios locales y el conocimiento de cómo había que tratar a los invasores amigos o enemigos. La edad constituía, al respecto, una gran ventaja y por ello el padre gozaba de un sincero respeto. El papel de los antepasados en la religión china parece ser una consecuencia lógica de esta situación; se prolongaba, se extrapolaba y se realizaba el respeto del padre y del abuelo

en nombre de los antepasados invisibles. Cuando esta estructura tradicional de la familia es destruida por la industrialización y, particularmente, por la mecanización de la agricultura, la superioridad del padre y la venerabilidad de los ancianos pierden todo significado. Su sabiduría particular es irrelevante y, en cambio, adquieren un máximo relieve los aspectos negativos de la ancianidad. El culto de los antepasados, aislado de la experiencia concreta, puede seguir propagándose y reforzándose por medio de sanciones sociales o políticas, pero llega un momento en que esta ideología aparece irremediablemente vacía. En la historia reciente de Europa existen muchos ejemplos de esta situación, directamente relacionados con la familia y las ideas religiosas que de ella derivan. Estos ejemplos nos han enseñado que la aparición de las tradiciones familiares sólidas puede ser totalmente engañosa.

Cuanto más terreno pierde la familia como unidad económica esencial en la civilización occidental, más importancia atribuye la sociedad a sus formas convencionales. Y puesto que la relación fisiológica entre el marido y la mujer es el núcleo residual de todos los aspectos de la familia, en ella radica el foco de los intentos de conservación. Se exalta así, el matrimonio hasta el punto de que el matrimonio y la familia se convierten en sinónimos. Las mujeres dependen más directamente de esta situación que los hombres. En la sociedad subsisten todavía aspectos patriarcales fundamentales, y por ello, las mujeres se encuentran en una posición desventajosa, subordinada. No sólo han de adaptarse, al ejercer una profesión, a formas de vida moldeadas por y para los hombres, sino que su patrimonio histórico, su educación específica, impuesta por una sociedad secularmente masculina, la preferencia irracional de que gozan los hombres en muchas profesiones y el clima cultural en general crean una serie de problemas adicionales a la mujer que trabaja y dificultan psicológicamente su existencia. Por estas y otras razones, las mujeres están tremendamente interesadas en la inviolabilidad de la institución matrimonial. En nuestra sociedad, altamente organizada, las mujeres se alían a los grupos más eficientes de la cultura de masas para defender y propagar este aspecto de la familia. La legislación, las Iglesias, la literatura, la radio y el cine luchan conjuntamente contra los peligros de la inmoralidad. Pero, desgraciadamente, la propaganda en favor del matrimonio no puede reemplazar al

enorme poder de la familia, cuando ésta constituía la realidad más impresionante de la vida social. No puede provocar el resurgimiento de aquella creencia ingenua y casi natural en la grandeza de la familia, que daba todo su significado al matrimonio. También en esta esfera ha penetrado la racionalidad moderna. La cooperación sin reservas de todas las ramas de la administración estatal y local, la guerra contra la prostitución, la denuncia del amor libre como un vicio, las prescripciones moralistas de los sueños sintéticos de la pantalla, la introducción de elementos románticos en una cultura materialista: ninguno de estos factores puede impedir que el matrimonio se convierta, a su vez, en una cuestión pragmática. Es cada día más una relación práctica: el hombre la ha de adoptar para gozar de los beneficios de la cohabitación y la mujer busca en ella una cierta seguridad. No se tienen hijos porque la vida de los padres sólo pueda alcanzar plenitud a través de ellos, sino por razones más o menos extrínsecas. Nunca experimentan el calor de aquel segundo seno materno que constituía la familia en determinadas épocas y en determinados estratos sociales. En el mejor de los casos, los niños son educados con la máxima inteligencia posible para que triunfe en la lucha, por la vida.

En períodos anteriores, el individuo sólo se veía a sí mismo como parte de diversas entidades cuasi-orgánicas que daban sentido a su vida y estaban constantemente presentes en sus actos y en sus ideas; en cambio, los individuos actuales tienden a convertirse en simples átomos sociales, los átomos en que la revolución burguesa ha pulverizado a la sociedad, si hemos de creer a sus críticos. El hombre está sólo en la sociedad de masas. Su nombre —que antes le vinculaba a un lugar, a un pasado, a un destino— se ha convertido en una simple marca de identificación, en una simple etiqueta: su individualidad no es más que una serie de características. La neutralidad de la etiqueta corresponde a la fungibilidad del etiquetado. Antes era dueño o servidor, caballero o siervo: su sustancia humana era definida por las facetas de la desigualdad social. Hoy, en cambio, el lugar que ocupa en la jerarquía social no constituye ya una parte de su propia naturaleza: sabe establecer diferencias entre él mismo y su función en la sociedad.

Pero este «yo» es el sujeto abstracto del interés egoísta, proclamado por el pensamiento económico y filosófico del

siglo XIX. El ego moderno, en la medida en que se diferencia claramente de toda categoría social degradante, corresponde mejor a la idea de humanidad que la autoconciencia del hombre en cualquier período pasado. Por otro lado, difiere decisivamente de esta idea por su carácter abstracto e inaccesible. En el desarrollo de la sociedad, esta etapa es necesaria y lógica. Sólo cuando el ego ha aprendido a concebirse a sí mismo como el sujeto abstracto de la razón, en contraste con todos los elementos concretos, puede identificarse con las fuerzas positivas de la humanidad y adquirir así una nueva y más alta concreción. Para los enclaves orgánicos de la sociedad moderna, esto significa la separación entre la forma y el contenido. Los actores de la escena familiar siguen siendo átomos sociales, aunque desempeñen el papel de maridos, de esposas y de hijos.

Ninguna otra institución de nuestra sociedad revela tan claramente la naturaleza problemática de la familia moderna como el divorcio. La Revolución Francesa, que anunció y anticipó todas las fases y todos los aspectos de la era futura, dio tantas facilidades para divorciarse que el matrimonio se convirtió, de hecho, en un simple vínculo contractual, el único tipo de relación que corresponde estrictamente al principio individualista. En muchos grupos sociales de la actualidad el matrimonio ha sido prácticamente abolido por la institución del divorcio. Los individuos son tan intercambiables en el matrimonio como en las relaciones comerciales. Se contrae un nuevo matrimonio si parece que va a funcionar mejor. Cada persona se identifica completamente con su función por un fin particular. Todos constituyen centros abstractos de interés y de realización.

Los hijos descubren pronto la discrepancia entre el verdadero carácter de los padres, tal como viene determinado por el industrialismo moderno, y su papel en la familia; este descubrimiento explica, en gran parte, el defectuoso desarrollo de su vida emocional, el endurecimiento de su carácter y su prematura transformación en adultos. La interacción entre la familia y la desculturización general se convierte en un círculo vicioso. Cuando los hijos crecen, los padres se desempeñan más conscientemente; todos se dedican a cultivar los vínculos familiares. Pero esta actitud no puede impedir la extenuación de la familia. O bien la atomización del hombre será superada por cambios y transformaciones más fundamentales, o bien resultará fatal para esta cultura.

Los mismos cambios económicos que destruyen la familia llevan consigo el peligro de totalitarismo. La familia en crisis produce las actitudes que predisponen a los hombres a una sumisión ciega.

A medida que la familia ha dejado de ejercer una autoridad específica sobre sus miembros, se ha convertido en terreno de entrenamiento, de ejercicio para la autoridad en sí. La vieja dinámica de la sumisión familiar sigue siendo operativa, pero contribuye a fomentar un espíritu general de ajuste y de agresividad autoritaria, más que a fomentar los intereses de la familia y de sus miembros. El totalitarismo, en su versión alemana, intentó prescindir de la familia como intermediario casi superfluo entre el Estado totalitario y los átomos sociales; pero el hecho es que la familia moderna produce los objetos ideales de la integración totalitaria. He aquí la evolución típica:

Inicialmente, el niño tiene las mismas experiencias de amor y de odio, en relación con sus padres, que ha tenido a lo largo de la época burguesa. Pero pronto descubre que el padre no es, en modo alguno, la figura poderosa, el juez imparcial, el protector generoso que se le quiere presentar. El niño adopta una visión realista y prescinde de las exigencias y de las esperanzas con que la familia —en sus mejores momentos y entre las clases más cultas—, aplazaba su ajuste radical al mundo exterior. La debilidad del padre, socialmente condicionada, y no compensada por sus explosiones ocasionales de masculinidad, impide que el niño se identifique realmente con él. En épocas anteriores, la base de la autonomía moral del individuo era la imitación amorosa del padre seguro de sí mismo, prudente, totalmente entregado a sus deberes. Hoy, en cambio, el niño, que en vez de la imagen del padre recibe sólo la imagen abstracta de un poder arbitrario, busca un padre más fuerte, más poderoso, un superpadre, y lo encuentra en la imaginaria fascista. La familia sigue inclinándose al hijo en una sumisión autorizada pero, con ello, la relación instintiva con los padres se ve grandemente perjudicada. En el pasado, cuando el padre no podía desempeñar un papel directo en la educación de los hijos su lugar en la vida emocional de éstos era ocupado por un tío, un tutor, un maestro o algún otro individuo. Por dura que fuese esta persona, tenía, por lo menos, algunos rasgos humanos, algunos gestos y características personales que podían imitarse, algunas ideas que podían servir de base de meditación

y de argumentación. En cambio hoy el padre tiende a reemplazarse directamente por entidades colectivas: la escuela, el equipo deportivo, el club, el Estado. Cuanto más se reduce la dependencia familiar a una simple función psicológica en el alma del niño, más abstracta y general resulta en la mente del adolescente; lleva así, de modo gradual, a aceptar con facilidad toda forma de autoridad, mientras sea lo bastante fuerte.

Este proceso se ve impulsado por los cambios producidos en el papel de la madre. No es que trate al niño con más brutalidad que antes, al contrario. La madre moderna planifica casi científicamente la educación del hijo, desde la dieta equilibrada hasta la proporción igualmente equilibrada entre la reprimenda y las manifestaciones de cariño, tal como recomienda la literatura psicológica popular. Toda su actitud hacia el niño se racionaliza; incluso el amor se administra como un ingrediente de higiene pedagógica. Entre las clases cultas y urbanas nuestra sociedad fomenta una actitud «profesional» altamente práctica, incluso entre las mujeres que no ejercen una profesión y se limitan a las tareas domésticas. Consideran la maternidad como una profesión y adoptan hacia los hijos una actitud pragmática. La espontaneidad de la madre y su cariño, su sentimiento protector, naturales e ilimitados tienden a desaparecer. La imagen de la madre pierde, por consiguiente, en las mentes de los hijos, su aureola mística y el culto de la madre por parte de los adultos deja de ser una mitología, en el sentido estricto de la palabra, para convertirse en un conjunto de rígidas convenciones.

Las mujeres han sido admitidas en el mundo económico del hombre a costa de adoptar las pautas de comportamiento de una sociedad profundamente reificada. Las consecuencias de esto alcanzan hasta las demás tiernas relaciones entre la madre y el hijo. La madre deja de ser un intermediario que mitiga el choque entre el hijo y la fría realidad y se convierte en un simple portavoz de esta última. Antes daba

3. La psicología moderna y las revistas más progresivas son conscientes del peligro e intentan impedir o limitar los daños de esta racionalidad con una mayor racionalidad. En el cine, la madre culta e inteligente es derrotada por la amiga amable y comprensiva que introduce a Santa Claus a un nivel superior. El romanticismo, por refinado y agradable que sea, tiende a desplazar y a retrasar el problema en vez de resolverlo.

* [al hijo un sentimiento de seguridad que le permitía desarrollarse con una cierta independencia. El hijo sentía que su amor por la madre se veía correspondido por ésta y prácticamente vivía de este fondo emocional durante toda la vida. La madre, separada de la comunidad de los hombres y obligada, a pesar de una idealización injustificada, a permanecer en una situación subordinada, representaba un principio distinto al de la realidad; podía soñar sinceramente en utopías junto con el hijo y era el aliado natural de éste, tanto si quería como si no. Existía, pues, en la vida del hijo una fuerza que le permitía desarrollar su individualidad al tiempo que se ajustaba al mundo exterior. La autoridad decisiva de la casa estaba representada por el padre y se afirmaba, en parte por lo menos, a través de una interacción intelectual. A la vez, el papel de la madre impedía que el ajuste se llevase a cabo en forma demasiado súbita y radical, a expensas de la individualización. Pero hoy el niño no conoce el amor ilimitado de la madre y, por ello, su propia capacidad de amor permanece subdesarrollada. Reprime al niño que vive en su interior (lo cual no impide que, más tarde, intente grotescamente comportarse como un niño cuando quiere divertirse) y actúa como un pequeño adulto, sin un ego independiente y sólido pero con una tremenda cantidad de narcisismo. Su testarudez y, al mismo tiempo, su sumisión ante el poder verdadero le predisponen a aceptar las formas totalitarias de vida.

El culto sensible de la madre, conscientemente practicado en los Estados Unidos y tomado erróneamente por una tendencia matriarcal, no contradice su degradación. Podríamos decir, mejor, que este culto es una supercompensación ideológica por la abolición del papel de la madre. La organización se ha apoderado de la totalidad de nuestra vida, ha transformado la esfera de la vida privada, ocupada anteriormente por la familia, en una esfera de tiempo libre socialmente controlado y ha otorgado a las mujeres el predominio en esta esfera —predominio que, a pesar de los beneficios que puede aportar, pone también de relieve el atraso tradicional de las mujeres. Esta es una de las causas del fenómeno del «mamaismo» descrito por Philip Wylie. La «mamá» es la máscara mortuoria de la madre. Cuando reina indiscriminadamente, fomenta a menudo, mediante actividades mojigatas y mal aconsejadas, el mismo espíritu de represión

autoritaria que promueve inconscientemente en el hijo la falta de amor y de contactos primarios con éste.

El papel desempeñado hoy por la sombra de la familia o, mejor dicho, por la familia como ideología que pierde su base económica y emocional, se ha puesto claramente de relieve con la investigación empírica. Hay un estudio sobre la naturaleza y el trasfondo de la personalidad autoritaria en los Estados Unidos, que se relaciona directamente con nuestro problema.⁴

Combinando diversos tipos de cuestionarios, de entrevistas intensivas y de técnicas de proyección, el estudio ha intentado establecer sistemáticamente una interconexión entre determinados rasgos y actitudes del carácter y las opiniones políticas y económicas que pueden considerarse potencialmente fascistas, como los prejuicios raciales, la exaltación del grupo-nosotros, el nacionalismo agresivo, y el menosprecio velado por las instituciones democráticas. Dicho estudio ha intentado poner de relieve qué pautas de autoritarismo predominan hoy en grandes sectores de las clases medias actuales.

Los resultados demuestran que la ideología de los individuos que se pueden considerar altamente sensibles a la propaganda fascista, preconiza la identificación rígida, acrítica, con la familia; y son individuos totalmente sometidos a la autoridad familiar durante la primera infancia. Al mismo tiempo, se comprueba la adulteración básica de la familia, en la medida en que los individuos de mentalidad fascista no sienten, en el fondo, ninguna vinculación auténtica con los padres, a quienes aceptan de modo convencional y externo. Esta configuración de la sumisión y de la frialdad es lo que mayormente define el potencial fascista de nuestra época.

Las personas de mentalidad fascista analizadas en el estudio en cuestión idealizan invariablemente a sus padres. Uno de los entrevistados, que se puede considerar como caso típico, contestó a la pregunta de cuáles eran para él las personalidades más grandes de la Historia, diciendo:

4. El estudio, bajo el título de *Research Project on Social Discrimination*, y patrocinado por el American Jewish Committee, ha sido realizado conjuntamente por el Institute of Social Research y el Berkeley Public Opinion Study Group en estos últimos años. Los directores del proyecto son T. W. Adorno, E. Brunswik, D. Levinson, y N. Sanford.

«Mis padres.» Este culto a los padres se basa, en la mayoría de los casos, en la adoración de un padre rígido y punitivo. Se observan rasgos de hostilidad contra éste pero, en general, la resistencia contra la autoridad paterna se desplaza y se vuelve exclusivamente contra los débiles. Por consiguiente, la aceptación de la familia sirve para expresar el narcisismo social del sujeto. Los padres, los hermanos y todo el grupo-nosotros son siempre «gente maravillosa»; en cambio los otros «no están al mismo nivel», son gente sucia, despreciable. Al establecer una rígida distinción entre los que son «como uno mismo» y el resto del mundo, las tendencias autoritarias del fascista potencial llegan a un grado de abstracción inhumana, a una glorificación de la autoridad por se sin ninguna idea específica del objetivo a que sirve esta autoridad. La personalidad autoritaria es profundamente convencional y estereotípica. La imagen del padre es la de un ordenancista rígido, justo, triunfante, lejano y a veces generoso. La de la madre se compone de los atributos estandarizados de la feminidad: habilidad práctica, buen aspecto exterior, limpieza y buena salud. Si antes existían elementos de conciencia, de independencia individual y de posible resistencia a la presión del conformismo social todos estos elementos han desaparecido sin dejar más huella que la del éxito, la popularidad y la influencia, junto con el afán del sujeto de triunfar mediante la identificación incondicional con todo lo que ejerza la autoridad en la práctica. No se acepta por sí misma ninguna autoridad ideal, sea religiosa, moral o filosófica; sólo se reconoce lo que existe en realidad. Lo «impopular» o lo que es rechazado por el poder se desprecia por no tener, precisamente, ninguna fuerza.

El carácter autoritario o sadomasoquista no es ningún fenómeno nuevo; puede observarse a lo largo de la historia de la sociedad burguesa; pero su abstracción y su dureza peculiares parecen exclusivas de un mundo que acepta la autoridad familiar después de haber desaparecido la sustancia interna de la familia. La glorificación abstracta de la familia se ve completada por una ausencia casi total de vínculos emocionales concretos, positivos o negativos, con los padres. En consecuencia, la vida emocional del temperamen-

5. Cfr. el apartado sobre psicología social por Erich FROMM, «Studien über Autorität und Familie», en *Schriften des Instituts für Sozialforschung*, editado por Max Horkheimer, Paris, Librairie Felix Alcan, 1936.

to autoritario se caracteriza por una serie de rasgos de superficialidad y de frialdad que se parecen a menudo a los fenómenos observados entre algunos psicópatas. Entre estos rasgos destaca el desprecio general de la piedad —es decir, de aquella cualidad que reflejaba mas que ninguna otra, el amor de la madre por el hijo.

En las entrevistas se examinó a fondo la estructura de la vinculación emocional de los sujetos con los padres como objetos de catexis. De acuerdo con la imagen general de la personalidad autoritaria, se pudo comprobar que la primera rebelión contra el padre se reprime y se interioriza a un nivel inconsciente y sólo aparece a la superficie en forma desplazada, como «agresividad autoritaria». Además, la sumisión al padre sigue todavía operando como un factor crucial en la formación de las concepciones sociales y políticas de los hombres. Con frecuencia se refleja en forma de agresividad. Entre los muchachos, el desprecio consciente del amor por la madre resulta también muy importante. En su primer ajuste a las exigencias de la vida, el niño tiene la impresión de que la madre es, a causa de su sexo, algo débil y despreciable. Nota la ambivalencia de su exaltación oficial y la ve como miembro de una raza inferior. La frialdad y la superficialidad del carácter autoritario pueden considerarse, en gran parte, como la consecuencia emocional de este rechazamiento. La dureza, la violencia y las manifestaciones brutales de masculinidad, elementos propios de la ideología política fascista, están genéticamente ligadas a trastornos en la relación con la madre o, mejor aún, a la falta de una auténtica relación. Pero ésta no es quizá la peor consecuencia de la deficiente relación entre madre e hijo. Lo que más sufre es, seguramente, la tolerancia del sexo opuesto. El antifeminismo basado en el rechazamiento de la madre, marca la pauta para el rechazamiento subsiguiente de todo lo que se considera «distinto». Los grupos-ellos rechazados por los fascistas, particularmente los judíos, continúan a su entender, rasgos de feminidad, como la debilidad, el emocionalismo, la falta de autodisciplina y la sensualidad. El desprecio por las características del sexo opuesto en el propio, parece relacionarse regularmente, con una intolerancia general de todo lo diferente. Esto sugiere una profunda afinidad entre la homosexualidad, el autoritarismo y la decadencia actual de la familia. La estricta dicotomía entre la masculinidad y la feminidad y el tabú constituido

por las transiciones psicológicas de una a otra corresponden a una tendencia general a pensar en términos de dicotomías y de estereotipos.

La lista que reproducimos a continuación contiene muchos elementos cuya relación con la estructura de la familia moderna no puede examinarse en este capítulo, pero que pueden servir para ilustrar las revelaciones de los estudios empíricos sobre los rasgos de la personalidad autoritaria. Ni que decir tiene que este complicado fenómeno no puede explicarse adecuadamente con una simple enumeración sino que requiere un marco conceptual más dinámico. No intentaremos definir los rasgos individuales en términos precisos; algunos se superponen; otros parecen entrar en conflicto. El orden de la lista es totalmente accidental y no constituye ninguna clasificación según la importancia o la frecuencia de los casos. Hay que tener en cuenta que los resultados empíricos no significan que el individuo que posee uno o varios de estos rasgos sea necesariamente un fascista en potencia o que el fascista deba tenerlos todos. Sin embargo, si resulta que estos rasgos son más frecuentes en un grupo que en otro, la probabilidad de que el primero ceda ante la propaganda totalitaria es mayor que en el segundo.

—La personalidad autoritaria acepta rígidamente los valores convencionales a expensas de toda decisión moral autónoma. (Los judíos son «agresivos», lo cual es para él una justificación suficiente para la adopción de las medidas más violentas.)

—Piensa en términos de blanco y negro. Blanco es el grupo-nosotros; negro es el grupo-ellos. Se rechaza con violencia todo lo diferente.

—Odia todo lo débil, calificándolo de «carga» (el trabajador en paro) o de «inadaptado» (los judíos).

—Se opone violentamente al examen de sí mismo; nunca inquiere sus motivos personales; en cambio, siempre acusa a los otros o bien a las circunstancias externas, físicas o «naturales» por sus propios errores.

—Piensa en términos fijos, estereotípicos: los irlandeses sin idólatras y propensos a la ira; los judíos, astutos y tramposos; etc. Los individuos no son para él más que especímenes de cada género.

—Insiste en las características inmutables (por ejemplo,

«la raza», «el vínculo de sangre») frente a los determinantes sociales.

—Piensa en términos jerárquicos —«los de arriba, los de abajo, etc.».

—Es pseudoconservador, esto es, preconiza el mantenimiento del statu quo, de la libre empresa, etc., pero su lenta hostilidad contra los adversarios políticos demuestra que tiene grandes afinidades con el despotismo. «Hay que hacer algo al respecto».

—Cree en el «individuo medio», con quien se identifica personalmente, frente al «altivo», «el snob», etc.

—Considera que la única medida del valor humano son los criterios del éxito, de la popularidad y otros parecidos.

—Su propio sistema de valores revela un poderoso afán de poder; pero siempre acusa al grupo-nosotros de aspirar al poder, de organizar complots, etc. Es una muestra de su actitud «proyectiva» general.

—Sólo atribuye importancia a la religión desde un punto de vista pragmático —como medio de controlar a los demás. Es esencialmente antirreligioso y «naturalista», en el sentido de una aceptación incuestionable de la sección natural como único principio válido.

—Es profundamente «autoritario»; acepta la autoridad por la autoridad y exige que se aplique rigidamente. Su rebeldía reprimida contra la autoridad se proyecta exclusivamente contra los débiles.

—En lo que al sexo concierne, insiste sobremanera en la idea de «normalidad». El hombre valora la masculinidad por encima de todo; la mujer desea representar el ideal de la femineidad.

—Tiende a rechazar lo subjetivo, lo imaginativo, el individuo de mentalidad sensible. No siente piedad alguna por los pobres. Su vida emocional es esencialmente fría y superficial.

—La tendencia general a la exteriorización le hace aceptar toda clase de supersticiones, a menos que goce de un elevado nivel cultural.

—Desprecia a los hombres en general; cree en su maldad natural y adopta, a menudo, una filosofía cínica que contradice su aceptación convencional de los «valores ideales».

—Subraya siempre lo «positivo» y rechaza, por «destructivas», las actitudes críticas; pero en sus fantasías espontáneas se revelan fuertes tendencias destructivas. Piensa en

términos de catástrofes mundiales y ve en todas partes «fuerzas del mal» en acción.

—En general, se interesa más por los medios que por los fines. Para él tienen más importancia las cosas que los seres humanos. Considera a estos últimos como instrumentos u obstáculos, es decir, como cosas, esencialmente.

—Disimula su actitud inhumana y estereotípica por medio de la personalización. Cuando culpa a los demás no piensa en una serie objetiva de hechos sino en hombres incompetentes, deshonestos o corrompidos. Y viceversa: todo lo bueno lo espera de los hombres fuertes, de los «líderes».

—Aunque insiste en la pureza sexual, en la moralidad o, por lo menos, en la normalidad, está obsesionado por ideas sexuales y ve el «vicio» en todas partes. Cuando habla de fuerzas del mal, gusta de referirse concretamente a orgías, a perversiones sexuales, etc.

—Idealiza a sus pobres. A menudo, esto no es más que un recurso para disimular su hostilidad. No conoce fuertes vínculos emocionales.

—Piensa en términos de intercambio, de equivalentes y a menudo se queja de haber recibido menos de lo que ha dado.

—Le interesa más «lo que saca de la gente» que el verdadero afecto. Es «manipulador».

—Está, por lo menos en apariencia, «bien ajustado»; sus síntomas son más psicóticos que neuróticos. Cree en una serie de ideas que, aunque generalmente aceptadas por los individuos de su tipo, se aproximan en los casos extremos a la falsedad pura y simple (conspiración internacional).

—Atribuye una importancia exagerada a las ideas de pureza, claridad, limpieza y otras características parecidas.

—Se queja de las motivaciones sórdidas y materialistas de los demás pero él piensa esencialmente en términos monetarios.

—Profesa un optimismo oficial; el pesimismo es decadente. A pesar del desprecio que siente por sus contemporáneos en general, niega que existan conflictos no sólo en su propio interior sino también en la familia y en el grupo. Todos son gente estúpida.

—Se preocupa continuamente del *status* social, no sólo del propio sino también del de su familia.

Otro estudio empírico, éste sobre los rasgos y las predis-

posiciones autoritarias en los niños, ha arrojado nueva luz sobre las complejas relaciones entre la familia y la sociedad.⁶ Los resultados parecen demostrar que la imagen general de la personalidad autoritaria es válida incluso para los niños de nueve a catorce años. Pero los resultados preliminares de este estudio contradicen, en un aspecto importante, las hipótesis extraídas del estudio sobre los adultos que acabamos de citar. Se pretendía que los niños que se someten más fácilmente a la disciplina de los padres y de la escuela son los que más rasgos tienen de carácter autoritario y que, en cambio, los niños más rebeldes y refractarios son, al crecer, totalmente antiautoritarios. Esta hipótesis ha resultado falsa. Los niños y niñas «buenos» —es decir los esencialmente no agresivos— son, en realidad los que tienen menos rasgos temperamentales de entre los de la lista citada. En cambio, los niños difíciles y rebeldes atacan a los débiles y exaltan a los fuertes. Todo parece indicar que el convencionalismo del carácter autoritario y su preocupación por la corrección y el «hacer lo que es debido» se adquieren durante la adolescencia o incluso más tarde, porque la influencia de la realidad en la imposición de los valores convencionales, es entonces, todopoderosa. Los fascistas potenciales parecen ser, pues, los que durante la infancia eran rudos, violentos e «incivilizados». La falta de una auténtica catexis familiar les prepara para transferir a su «banda» la propensión a la autoridad adquirida anteriormente y a aceptar el código de violencia y de proeza física de la banda, sin ninguna resistencia moral.

La observación del comportamiento de las bandas infantiles corrobora esta conclusión. Todo parece indicar que la agresividad de estos muchachos, conservada en la vida adulta pero más o menos reprimida y racionalizada, se debe a la mengua del aspecto positivo, protector de la familia. Estos muchachos actúan como pequeños salvajes porque no tienen ningún refugio psicológico y experimentan constantemente la sensación de que «han de ingeniárselas por sí mismos». En un mundo frío e inexcusable, desconfían de todos, les consideran enemigos y su primer reflejo es atacarlos. Vuelven a aplicar el único principio de la primera filosofía burguesa:

6. Este proyecto, patrocinado también por el American Jewish Committee, fue realizado conjuntamente por el Institute of Social Research y el Institute of Child Welfare de Berkeley. Los directores fueron T. W. Adorno, E. Brnsnik, y H. Jones.

homo homini lupus. No padecen pues, la influencia de una familia demasiado fuerte y sana sino, al contrario, sufren de la carencia de una familia. En este sentido cabe decir que las aseveraciones conservadoras sobre las causas de la delincuencia juvenil dan de lleno en algunos factores sociales básicos, frecuentemente ignorados por teorías psicológicas más diferenciadas y progresivas. La familia como ideología fomenta el autoritarismo represivo, pero, al mismo tiempo, es evidente que la familia como realidad es el obstáculo más fuerte y efectivo contra la recaída en la barbarie que amenaza a todos los seres humanos en el curso de su desarrollo.

Los nazis sabían muy bien cómo explotar los mecanismos sociales y psicológicos que hemos indicado en este capítulo y conocían, al mismo tiempo, el antagonismo entre la familia, en su auténtico significado, y el mundo bárbaro que ellos preconizaban. Aunque exaltaban la familia en el plano ideológico como institución indispensable para una sociedad basada en el principio de la «sangre», en realidad, desconfiaban de ella y la atacaban como refugio contra la sociedad de masas. La veían como una conspiración virtual contra el Estado totalitario. Su actitud ante la familia era similar a su política ambivalente hacia la religión, la libre empresa y el Estado constitucional. El problema actual consiste en saber si la complicada interacción de estas fuerzas era específicamente alemana o si constituye el signo indicador de una tendencia histórica más universal.

Es muy antigua la tesis de que entre los dos sexos hay diferencias innatas que dan lugar a una serie de diferencias básicas en el carácter y en el destino individuales. El Antiguo Testamento dice ya cual es la función peculiar de la mujer: «Tus deseos serán los de tu marido y él mandará sobre ti»; el mismo texto condena al hombre a ganarse el pan con el sudor de su frente. Pero en la misma Biblia encontramos, virtualmente, la tesis contraria: el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios y el hombre y la mujer sólo fueron condenados al conflicto mutuo y a la diferenciación eterna como castigo por su desobediencia original —lo cual quiere decir que eran iguales en cuanto a su responsabilidad moral. Ambas concepciones, la de la diferencia básica y la de la identidad básica, se han repetido una y otra vez a lo largo de los siglos —una época o una escuela filosófica determinadas insisten en el primer aspecto y otra época u otra escuela, en el segundo.

El problema adquirió cada vez más importancia con las discusiones filosóficas y políticas de los siglos XVIII y XIX. Los representantes de la Ilustración afirmaron que no existen diferencias innatas entre los sexos (*l'amen n'a pas de sexe*); de que las diferencias que se pueden observar deben atribuirse a las diferencias en la educación, es decir, que como diríamos hoy, constituyen diferencias culturales. En cambio, los filósofos románticos de principios del siglo XIX, insistieron en lo contrario. Analizaron las diferencias caracterológicas entre el hombre y la mujer y llegaron a la conclusión de que eran resultado de diferencias biológicas y fisiológicas innatas. Afirmaban que estas diferencias existirían en todas las formas de cultura imaginables.

Sin entrar en la cuestión de los méritos respectivos de estas posiciones —y hay que reconocer que el análisis de los románticos era a veces muy profundo— es indudable que ambas tenían implicaciones políticas. Los filósofos de la Ilustración, especialmente los franceses, propugnaban la igual-

